



“Mi amor a la lectura nació entre cartas originales de Lorca, primeras ediciones y revistas de vanguardia de la época”

ADA SALAS

Poeta extremeña, premio Hiperión 1994

No concibo la vida sin libros y creo que una casa sin libros está vacía. De mi infancia recuerdo un libro que tenía mi hermana, de los cuentos de Andersen, con unas ilustraciones preciosas. También unos libros de Bruguera que tenían en una parte el texto y en la otra la obra en cómic. En el salón de casa había libros de adorno, no los podíamos tocar porque eran *para mayores*. Algunos eran sobre anatomía y, claro, ver el cuerpo desnudo no era lo más adecuado en aquel momento, pero por ser prohibidos, yo tenía curiosidad por mirarlos en cuanto podía.

Más tarde tuve la suerte de conocer una biblioteca muy especial que me marcó: la de Juan Manuel Rozas, catedrático en la facultad de Filosofía y Letras de Cáceres, y especialista en el Siglo de Oro, en Lope, en Villamediana, y también en todos los poetas de la Generación del 27. Este hombre era, además, un poeta y un estudioso increíble. Murió muy joven, con 50 años, pero ya tenía una obra investigadora muy extensa. A los 14 años conocí a su hijo en Cáceres y nos hicimos muy amigos, como hermanos. Iba a estudiar todos los días a su casa. Juan Manuel era también un bibliófilo de alto nivel, no creo que hubiera en España muchas bibliotecas como la suya. Se dedicó durante toda su vida a buscar libros en las librerías de viejo, en el Rastro de Madrid, en la Cuesta de Moyano... y así fue acumulando unos tesoros extraordinarios. Cuando yo entraba en su casa, con 14 años, notaba que detrás de una puerta acristalada, a la izquierda, había algo respirando tras sus vidrieras. Entonces aquel sabio, sentado en su mesa de trabajo, me hacía pasar y me enseñaba obras que yo necesitaba para hacer los deberes. Recuerdo que un día me mandaron un romance de Lorca y Juan Manuel me sacó una primera edición de *El romancero gitano* con dibujos del propio Federico, dedicado con su puño y letra

“A veces me cuesta devolver un libro que he leído porque se le coge mucho cariño, pero es un milagro el haberlo pedido, que te lo hayan facilitado y que luego lo pueda leer otra persona, ¡y todo eso gratis!”.

a Rafael Alberti. Cuando tenía que leer a Aleixandre me sacaba la primera edición de *Espadas como labios*. Todo el 27 en primeras ediciones, libros de la época del Siglo de Oro, alucinante. Toda la novela del siglo XIX en primeras ediciones, Galdós, Pardo Bazán, etc. Casi toda la novela francesa del XIX en primeras ediciones. Además eran libros que él se había ocupado de encuadernar en piel, con

unos lomos maravillosos. Mi amor a la lectura nació allí, entre aquellos libros, entre las cartas originales de Lorca, y todas las revistas de vanguardia de la época... Fue una relación muy especial. Nos fugábamos de nuestras clases de BUP y COU para ir a las explicaciones de Juan Manuel Rozas en quinto de facultad. Por eso, cuando yo llegué a la facultad ya tenía muchas cosas aprendidas. Luego he comprendido el lujo que fue escucharle, cómo hablaba de los libros, cómo los trataba, cómo los enseñaba. No tenía precio. No he podido volver a entrar en su biblioteca. Tras su muerte algo me paraliza y no puedo entrar.

Además de la de Rozas, durante mi vida he frecuentado bibliotecas diversas. En el instituto no era muy consciente de la suerte que teníamos, ya que en la biblioteca había gran cantidad de ejemplares de un mismo título que nos prestaban durante una semana. Eso de tener un libro y leerlo en libertad era maravilloso. Puedo decir que allí leí cada semana, durante todo un curso, gran cantidad de libros gracias a ese préstamo y a ese número de ejemplares. Luego he intentado hacer lo mismo en el instituto donde trabajo, pero no ha sido posible.

En la facultad visitaba más la cafetería que la biblioteca. Allí compartía poesía con mis compañeros.

En mi casa cuento con gran cantidad de libros sobre todo de poesía que se mezclan con los de mi pareja, gran aficionado a la ciencia ficción. Todo un contraste.

Me gusta ir a la biblioteca de mi barrio, la de la Puerta de Toledo y también a la Biblioteca Nacional. Su sala de lectura es maravillosa. Creo que las bibliotecas y los bibliotecarios son un auténtico milagro. A veces me cuesta devolver un libro que he leído porque se le coge mucho cariño, pero es un milagro el haberlo pedido, que te lo hayan facilitado y que luego lo pueda leer otra persona, ¡y todo eso gratis! ■